

PENSAR Y NOMBRAR A DIOS EN PERSPECTIVA FEMINISTA

En los últimos años la teología realizada por mujeres ha adquirido cada vez más peso. En este artículo se aborda la reflexión acerca de Dios a partir de la realidad femenina y desde la perspectiva de la mujer. Y más en concreto se presenta a tres teólogas de diferentes épocas históricas que han abordado esta reflexión: Synclética, en los primeros siglos de la iglesia; Hadewich de Amberes en el siglo XIII y Dorothee Sölle en los últimos años.

Proyección (2009) 25-401

Introducción

Pensar y nombrar a Dios desde la realidad femenina y desde la experiencia feminista es una tarea apasionante para las mujeres dedicadas a hacer teología en una comunidad de fe que lleva más de veinte siglos pensando y nombrando a Dios bajo unos conceptos y con un lenguaje exclusivamente masculino y kiriopatriarcal. En este sentido la Trinidad cristiana ha servido para afirmar el carácter personal y encarnado de la Divinidad, pero también para consolidar la figura del varón sobre la mujer y propiciar una relación desigual entre sexos, dentro de la iglesia y de las sociedades y culturas que ésta ha *cristianizado*.

Enraizadas en el presente las mujeres creyentes y teólogas vuelven la mirada hacia aquellas que nos precedieron: las matriarcas bíblicas como Sara, Raquel, Rebeca...; hacia las mecenas e intelectuales

del siglo IV, como Marcela y Paula de Roma, vinculadas a la figura de san Jerónimo; también hacia las monjas teólogas y eruditas en muchas ciencias humanas: Hildegarda de Bingen, Juliana de Norwich, Hadewych de Amberes, Teresa de Ávila, Juana Inés de la Cruz, etc. En los siglos XIX-XX escritoras, historiadoras, biblistas y teólogas de la talla de Elizabeth Cady Stanton, Rosemary Radford Ruether, Dorothee Sölle, nos preceden en la tarea de hacer visible la experiencia y el trabajo exegético-sistemático de las mujeres, secularmente olvidado o reducido a la mística.

A partir de los esfuerzos realizados por las mujeres feministas del siglo XIX, se vio la urgencia y la necesidad que tenían las iglesias de contar con el don de la feminidad, abriendo un camino en el que la presencia y la palabra de las mujeres supere los vacíos del pasado.

Este camino a veces ha signi-

ficado ruptura total con la iglesia institucional, católica o reformada; pero también se han dado pasos en los que prevalece la opción por pertenecer y permanecer en la iglesia aportando toda la riqueza de la experiencia de Dios, como es el caso de Dorothee Sölle, de origen alemán, profesora de universidades americanas y misionera en Centroamérica, fallecida hace pocos años, y de María Van Doren, de origen belga, incansable en su trayectoria como profesora en la Ciudad de México y en los Centros de formación de mujeres mexicanas. La teología *feminista* actual lleva el signo de la *kénosis* gozosa y esperanzada y tiene nombres concretos y no sólo en el mundo norteamericano y europeo sino también en el asiático, latinoamericano y africano.

Con todo, *pensar y nombrar* a Dios en femenino sigue siendo una labor casi artesanal. Sin duda se

trata de una labor creativa que poco a poco va tendiendo puentes para unir las riveras de dos ríos que, aunque tienen un mismo origen, corren paralelos en la historia: el río de la sabiduría clásica que mana del pensamiento y de la palabra de los varones *padres y teólogos* cristianos, y el río sumergido de la sabiduría de las mujeres, *madres y místicas* olvidadas o silenciadas en la historia.

Puesto que toda la teología cristiana tiene como eje central la fe en un Dios que es y se dice como Comunidad (Trinidad), comenzaré presentando brevemente la problemática, primero, del lenguaje utilizado para nombrar este Misterio, proponiendo después algunas de las alternativas a ese lenguaje, susceptible de ser enriquecido por los aportes de la experiencia, del sentir y del decir sobre Dios propio de las mujeres creyentes.

DIOS, UN LENGUAJE SIEMPRE INADECUADO: PROBLEMÁTICA Y RETO

El lenguaje sobre Dios hace visible la masculinidad e invisible la femineidad de nuestra especie. Es algo que debemos subrayar y cuestionar. El principio *teónomo* ha sido, y es, el principio mediado por el término Dios que, en sí mismo, no es ni masculino ni femenino pero secularmente ha sido identificado con la masculinidad. El término *Diosa* suena a reminiscencias

paganas. Por lo tanto el término Dios, no es sólo una determinación lingüística inofensiva, sino que ha propiciado toda una “fantasía visual” de la Divinidad. El sustrato masculino dominante ha dado una idea acerca de Dios varón y ahora es el momento de reconstruir la casa teológica común, en la que varones y mujeres nos sentimos corresponsables de una

tarea universal: sacar a *Dios* de las estructuras asfixiantes de un lenguaje único e idólatrico.

La imagen de Dios transmitida por un lenguaje masculino, puede llegar a ser idólatra e incluso blasfema, porque imaginar y nombrar a Dios exclusivamente como *Él* o *Padre*, estigmatizando la posibilidad de nombrarle como *Ella* o *Madre*, limita toda posibilidad de conocimiento de la Realidad divina, desde una perspectiva y una cultura de épocas pasadas que debe interpretarse y acercarse a la experiencia de fe de cada generación de hombres y mujeres creyentes. Una aportación fundamental de la teoría feminista, ha sido la de demostrar que la *diferencia* de las mujeres está ausente de la realidad también teológica. La práctica actual trata de transformar este hecho y convertir el campo de la teología sistemática en un espacio en el que el decir diferenciado permita a las mujeres nombrar a la Divinidad desde su propia identidad, intentando *imaginar y nombrar* la Trascendencia desde la propia imagen y corporeidad.

La problemática del lenguaje o el vacío imaginativo de la teología tradicional

El depósito de la fe y lenguaje teológico dogmático es una creación cultural y debe cambiar conforme cambian las generaciones y las culturas en cuyo seno nace y se desarrolla ese lenguaje. Es decir,

los contenidos teológicos son un cuerpo conceptual vivo y, por lo mismo, deben permanecer enraizados en la experiencia de la comunidad creyente (iglesia) que ha gestado la tradición cristiana, pero también abiertos a las nuevas vivencias y a las nuevas interpretaciones que enriquecen hoy esa experiencia.

La idea y el lenguaje sobre el Dios cristiano es el centro de la vida, de la confesión de la fe y de la identidad cristiana, pero el lenguaje sobre el Dios Trinidad, constituye un problema de entendimiento dentro de la iglesia, ya que ésta decidió consolidar la Gran paradoja revelada en Cristo: la Divinidad es Unidad de la Pluralidad y Pluralidad de la Unidad. Dilucidar qué había detrás de esta afirmación de fe, fue y sigue siendo la gran tarea de la teología de la iglesia, sobre todo a partir del siglo IV. El contraste de la experiencia de Dios desde el mensaje de Jesús es que esta experiencia es interpretada en términos relacionales: en la Divinidad en-Relación, en donde no existe superioridad ni sometimiento, sino reciprocidad y comunión de distintas Personas unidas en esencia y en un mismo proyecto salvífico. En este sentido enlazamos con el gran axioma de la tradición y la teología contemporánea. K. Rahner es el teólogo por excelencia del “gran axioma” sobre la Trinidad: la Trinidad inmanente es la Trinidad económica. La Divinidad expresada en la persona y en el actuar de Jesús de Na-

zaret es Una, pero a la vez es Plural.

Y estas dos dimensiones, unidad en la pluralidad y pluralidad en la unidad, evidencian la riqueza, pero también las carencias de un lenguaje y de un cuerpo doctrinal construido por hombres, en base a criterios filosófico-culturales sesgados por las construcciones de género. Cada vez se especuló más acerca del poder que las Personas divinas representaban y menos sobre la única relación salvífica que se revela en Cristo. El Dios cristiano “Padre, Hijo y Espíritu Santo” funcionó perfectamente como imagen de la jerarquía política y eclesiástica, pero no como la imagen de la comunidad creyente.

La sustancia o esencia de la Divinidad es imposible de “imaginar”, como advertía Tomás de Aquino; pero, si la esencia divina nos es inaccesible, la experiencia de Dios es posible desde el momento en que Dios mismo hace experiencia de nosotros siendo el Dios encarnado, como ser humano, no sólo como varón concreto.

El problema se plantea cuando descubrimos que no sabemos nada o muy poco respecto a lo que las mujeres pensaron y dijeron de este misterio del Dios trinitario revelado en el misterio de la encarnación, porque la diferencia de sexos se convirtió en una falta de conocimiento sistemático de lo que las mujeres creyentes experimentaron de Dios. Entre la teología elaborada por varones y la elaborada

por mujeres hay un vacío casi abismal en todos los sentidos.

La teología de las mujeres no arranca del mismo punto histórico que la de los varones (siglos III-IV); como mucho podremos decir que nuestras antepasadas se expresaron por la vía de la experiencia mística, sin poder sustraerse del lenguaje y la cultura envolvente, entre los siglos XII-XVII y, con mucha mayor libertad, pero también con dolorosas rupturas, aquellas que iniciaron el movimiento feminista teológico en los Estados Unidos de América y la Europa anglosajona entre los siglos XVIII-XX, hundiendo sus raíces, precisamente, en el estudio de la Escritura

Resumiendo: en la construcción, tanto de la imagen de Dios como de la institución eclesial, las mujeres hemos sido históricamente receptoras de la teología pero no hacedoras de teología. Expertas en experiencias teológicas gestadas desde la vida, nunca hemos sido responsables de una sistematización razonada de esas experiencias. El Dios cristiano no se ha dicho con voz de mujer y no se puede seguir haciendo teología cristiana sin tener en cuenta la experiencia que las mujeres tenemos de la Divinidad encarnada en Jesucristo.

No se trata de desplazar la experiencia ni el conocimiento de los hombres, ni mucho menos de negar la gran herencia recibida, sustituyéndola por la elaborada por las

mujeres creyentes, sino de integrar ambas en un solo y armonioso cuerpo que va perfeccionándose a medida que va acogiendo la pluralidad de imágenes y de metáforas que intentan balbucear algo acerca de una Presencia que siempre nos sorprende y nos trasciende.

El reto del camino teológico que estamos haciendo

La cuestión fundamental que se plantea la teología sistemática feminista es cómo atreverse a decir a Dios *inadecuadamente* frente al lenguaje docto, prepotente y apologético de los manuales tradicionales. En este sentido la teología sistemática feminista es hoy día expresión de la lucha contra la *indolencia teológica* que supone el dominio teológico del varón centrado en la imagen de un Dios *Padre todopoderoso*. Las mujeres sabemos que Dios no tiene otro poder que el del amor, y ese poder es débil y vulnerable...en este mundo (Jn 18,36)

Necesitamos de metáforas y de imágenes para hablar de Dios y más aún del Dios Trinidad, pero necesitamos aún más descubrir la dimensión *relacional* del Misterio que pretendemos decir. Pero si una imagen, la que sea, no representa la búsqueda incesante del espíritu humano y se ha llegado a hacer de ella la representación de la Divina Presencia identificándola con figuras concretas de nuestra realidad, sacralizándolas, esa imagen care-

ce de sentido; es un *ídolo* sin vida, *hechura de nuestras manos*, que habrá que romper y trascender con todas nuestras fuerzas.

Hablar de la Trinidad divina, según la experiencia aportada por las mujeres, significa romper constantemente la idea-imagen de un Dios antropomorfo y andromorfo; significa tener el coraje de superar el poder de lo imaginado para abrirnos a lo totalmente inimaginable. Por eso, pensar y decir a Dios en femenino es un *reto teológico* e implica responder a experiencias concretas de la *Presencia*, que trasciende y, por ello, ilumina desde dentro la razón-inteligencia humana. Porque “nuestra alma está unida a aquel que es bondad infinita... nuestra alma está tan plenamente unida a Dios por la propia bondad divina, que nada puede interponerse entre Dios y nuestra alma”, tal como expresaba Juliana de Norwich, en un momento en el que la teología escolástica afirmaba sus cimientos en Europa y abarcaba todo el campo de la reflexión teológica. Para esta teóloga medieval, conocer y hablar de Dios es, antes que nada, *estar* en la Divinidad y *gustar* de su bondad. Y esa experiencia trasciende incluso la realidad de la encarnación de la Sabiduría divina en el hombre Jesús de Nazaret, porque corresponde a esa realidad que es participación del Aliento mismo de Dios y que nos identifica como seres divinos, mas allá de nuestra condición corpórea sexuada o de la diferencia de género.

Por otra parte, y como oferta de vida divina experimentada, la *teología feminista* (sea sistemática, bíblica, moral, antropología teológica, fundamental, etc.) se va universalizando y pluralizando en sus maneras de expresión cultural. Se intenta con bastante éxito evitar el lenguaje abstracto afirmando el lenguaje de la experiencia, de las relaciones humanas, de la corporeidad y de la preciosa materialidad de la creación como lugares

imprescindibles de encuentro con la Sabiduría divina. Dado el carácter *analógico* del discurso sobre Dios, la reflexión sistemática feminista se empeña en elaborar categorías epistemológicas atentas al carácter inaprensible de la Divinidad, liberando los símbolos y las imágenes feministas e, incluso, ecológicas, que expresan inadecuadamente, pero no más que las masculinas, lo que las mujeres podemos pensar y decir de Dios.

DIOS, TRINIDAD DIVINA, CON PALABRAS DE MUJER

No tenemos, en la teología feminista, figuras de la talla de un Atanasio de Alejandría, Agustín de Hipona o Tomás de Aquino, pero estamos gestando un “cuerpo teológico” que contiene la experiencia de Dios de las mujeres creyentes del pasado y de las que hoy se hacen escuchar, no sin dificultad, en aulas y foros teológicos. Y la fuente de nuestra autoridad es la *Sabiduría divina* expresada a través de su Palabra encarnada en el vientre de María de Nazaret. Y también la memoria de millones de mujeres que han luchado por mostrar que también nosotras somos un lugar donde Dios se dice “auténticamente”.

Una de las líneas abordadas por las teólogas para obviar la dificultad que plantea un lenguaje demasiado pegado a la masculinidad en detrimento de la feminidad, ha sido el intento de hablar de Dios en términos no personales. Por ejem-

plo: Dios es *Luz* incandescente que lo invade todo (Hildegarda de Bingen), *Koinonía* que lo unifica todo con la Bondad divina (Juliana de Norwich), u otros como *Tienda* (Dorothee Sölle), *Matriz* (Rosemary Ruether), *Sabiduría* (E. Schüssler-Fiorenza), *Sabiduría Santa* (Elizabeth A. Johnson), *Amistad* (Sallie MacFague), o el abrazo que nos hace *Hogar común*, por mencionar mi propia definición... Pero aún estamos haciendo el esfuerzo de ir más allá y enlazar nuestra mirada con las mujeres que pensaron y dijeron su experiencia de Dios en los primeros siglos del cristianismo.

Tomamos como modelo de este esfuerzo teológico a tres mujeres: una que representa a las *Amas o Madres del desierto*, Synclética del siglo III; una mujer medieval del siglo XIII, Hadewich de Amberes, y una teóloga de nuestro tiempo, Dorothee Sölle,

aunque gracias a Dios hay muchas otras mujeres paradigmáticas que nos precedieron.

Decir a Dios en medio del Desierto

Las vírgenes y viudas de los primeros siglos del cristianismo y junto a ellas las llamadas *madres del desierto* de los siglos III y IV en adelante, parecen un simple adorno en la historia del cristianismo: imágenes difuminadas en la inmensidad del desierto, ya sea el desierto físico, el socio-cultural o el religioso; pero es allí precisamente donde las mujeres cristianas de los primeros siglos viven y transmiten su experiencia de Dios. El desierto es el lugar de la “prueba” y del “encuentro”. Pero el desierto no es un lugar donde se vive, es el lugar por el que se pasa, es camino hacia otro lugar que se tiene como meta, como promesa. Allí se permanece el tiempo necesario para recibir la Presencia.

La memoria espiritual-teológica de las *ammās* o *madres del desierto* se mantuvo como la arena ardiente expandida en el tiempo. Tomemos como paradigma o modelo de esa teología oculta y ardiente de los comienzos a una mujer llamada Synclética, nombre que significa *Asamblea Celestial*. No fue la única pero sí de las más conocidas por sus apotegmas. Las llamadas *Madres del desierto* vivieron una experiencia de dignidad y libertad únicas en su tiem-

po. Los primeros siglos de la iglesia conocieron este fenómeno de liberación femenina y lo vivieron entre la admiración y el recelo.

Synclética vivió seguramente en el siglo III y primera parte del IV; de origen quizá macedonio, aunque su patria adoptiva fue Alejandría. Los escritos conocidos como *Enseñanzas de Synclética* son, en realidad, de origen anónimo aunque se tiene la casi seguridad de que enlazan con su vida y doctrina. Nos interesa su manera de comprender e interpretar la Escritura y su manera de expresar la relación y el conocimiento que tiene de la Presencia divina. Su *teología* se centra en el mandamiento primordial que Jesús da a sus seguidores y seguidoras, recogido del corazón de la ley de Israel: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y a tu prójimo como a ti mismo”. Con este mensaje se dirige a aquellas que ella llama “mis queridas hijas” y tendrá muy claro que el pilar de toda vida cristiana es Dios amado con todo el ser. Dios, para ella es el *Santo* que consagra gratuitamente, con la fuerza de su Espíritu, enviado por Cristo desde el Padre.

Sin duda Synclética, como muchas otras, tuvo que hacer frente a quienes pensaban que las mujeres estaban, por *decisión divina*, excluidas de una verdadera sabiduría de Dios que no estuviera mediada por varones. Como maestra espiritual los *dichos* o *apotegmas* de

Synclética se convierten en una fuente de agua viva de la que muchas mujeres de su época supieron beber. Que una mujer de dicha época haga del evangelio el centro de su mensaje espiritual, cuando todavía no existían las traducciones al latín, es el mejor ejemplo de cómo ese evangelio se escuchaba y transmitía de viva voz y se guardaba en la mente y en el corazón. Esta mujer, capaz de hablar a los hombres de su entorno, esta *madre del desierto* pone las bases de una teología en la que su palabra de mujer no es sino un humilde eco de la *Palabra de Dios*.

Con los ojos puestos en las actitudes de Cristo, Synclética advierte que la humildad propia de las discípulas del Maestro no es una “virtud” sino una “actitud del alma” ante la vida. Dios es para ella, el *fuego incandescente* que enciende la vida del creyente y, como una *hoguera*, se extiende al mundo entero, metáfora que forma parte de la experiencia de Dios y especialmente de la mística cristiana.

En el camino de la mujer asceta, Dios es: *El que lleva de la mano*, como una amiga a otra amiga, *el Esposo amante o nuestra Madre*... Imágenes que hablan de cercanía enamorada: el alma es de Dios y Dios del alma... *La Maternidad divina* la ve y expresa como una realidad que llena toda la realidad creada, porque en su intimidad Dios es eso: Maternidad, donación de vida del Padre al Hijo, del Hijo a las criaturas por el Es-

píritu. Los *apotegmas* que conforman el tejido teológico de esta madre de la iglesia, están entre ese *pensar y nombrar* a Dios que nunca ha contado a la hora de elaborar la teología sistemática tradicional, y que, sin embargo, forma junto con los “Padres de la iglesia” los cimientos sobre los que se consolida nuestra fe.

Conocer la Divinidad desde la visión: la “escolástica” de Hadewich de Amberes

La experiencia de Dios, mediada por la experiencia de sí, es central en el conocimiento del Dios de Jesucristo, tanto como lo es la experiencia relacional. Pensar y decir a Dios, *teologizar*, es una actitud que responde a un cierto estado de la persona, sea hombre o mujer. Si consideramos que hablamos de Dios desde nuestra condición de personas, es obvio que nuestra historia colectiva de hombres o de mujeres es diferente, pero sería tan inadecuado afirmar que las mujeres tienen una manera distinta de hablar de Dios respecto a la de los hombres como asegurar lo contrario. El centro de la reconstrucción feminista de la teología comienza cuando las mujeres comienzan a reclamar su presencia en la historia. Las mujeres tienen la viva conciencia de que la teología es más el asombro y enmudecimiento de los sentidos ante el *encuentro del amor en el Amor* que la pretensión de “saber”

algo acerca de Dios mismo. La teología hecha desde la experiencia de las mujeres es esencialmente contemplación de la acción de Dios en su propia historia y en la historia. Esta aproximación es la que podríamos llamar la *escolástica oculta femenina*.

Hadewich es considerada como una *beguina*, término que hace alusión a una corriente mística laica que inundó el territorio actual de Holanda, Bélgica y Alemania. Las beguinas llegaron a ser más de 60.000 y se dedicaban a realizar obras de caridad. Eran mujeres hábiles, instruidas, demasiado *libres* por lo que levantaban sospechas de la jerarquía eclesiástica siendo perseguidas y exterminadas. Hoy aún queda algún monasterio y se está dando un movimiento de recuperación de los beguinatos como el de Lovaina. Esta mujer vivió durante la primera mitad del siglo XIII. No interesó en su momento, no era *importante* y sólo nos han llegado unos cuantos escritos catalogados como *Visiones, Poemas y Cartas*. Estos escritos, como ella misma afirma, sólo llegan a aquellos que “comprenden con el alma las palabras en que ella les habla con el alma”. Sus escritos fueron fuente de vida espiritual para algunos místicos posteriores. Señalemos dos notas que distinguen a Hadewich en su hablar de Dios: 1) el uso de su lengua vernácula, el neerlandés antiguo, dejando de lado el uso del latín, utilizado por el clero, la escolástica y la jerarquía

de la iglesia, incomprendible, en muchos casos para el pueblo llano. 2) En su pensamiento místico-teológico aparece como central el misterio de la Trinidad. Sus palabras no pretenden enseñar nada sistemático, sólo son una invitación a dejarse invadir por el Misterio y a quedar inmersas en una contemplación llena de pasión y fuego divino.

Hadewich presenta una imagen dinámica de Dios y lo expresa así en las páginas de *El libro del obrar divino*: “Yo soy la energía suprema, la energía ígnea. Yo he encendido cada chispa de la vida... Por mí se enciende toda vida. Sin origen ni término, yo soy esa vida que persiste idéntica y eterna. Esa vida es Dios. Ella es movimiento perpetuo, y su unidad se manifiesta en una triple energía: la eternidad es el Padre, el Verbo es el Hijo, el soplo que los une es el Espíritu Santo”.

Para esta mujer, Dios es “comunicador” de todo aquello que desea que su criatura viva respecto a Él. Y define a Dios Trinidad como *Claridad*: la claridad más alta que se puede tener en esta tierra”. Actuar “según la verdad” conlleva la manifestación de Dios, que ilumina la existencia toda y la llena del “noble Amor” que es Dios mismo. Así pues, la llamada es a vivir en la *verdad* llena de *claridad* y de *amor*, es decir, en la Trinidad divina.

La Carta XXII es considerada casi un pequeño tratado en el que

Hadewich ofrece afirmaciones como éstas: “El que quiera comprender a Dios y saber lo que es en su nombre y en su esencia, es necesario que sea totalmente de Dios y que lo sea como quien se ha perdido a sí mismo”. En la *esencia* se encuentra la alusión a la intimidad divina, mientras que el *nombre* revela su manifestación en la historia. Dios mismo se vive eternamente como admirable *Misterio de amor* y *Manantial destellante* de luz que es el Espíritu Santo. La teología de esta maestra del espíritu abarca mucho más de lo que cabe en este espacio, por eso me quedo con esta afirmación que condensa mucha de su enseñanza como mujer creyente y como teóloga: “Digán otros lo que quieran, tú hablarás según el querer del amor...”. El hablar teológico de las mujeres debe distinguirse por la experiencia *amante* de Dios, frente a todo decir sobre la Divinidad que a ella le suena a especulación sin alma, o un hablar de Dios sin fundamento en Dios.

La teología feminista o el compromiso encarnado con los pobres: Dorothee Sölle

Dorothee fue una mujer teóloga, misionera comprometida con la causa de las mujeres y de los pobres. Falleció hace unos años dejándonos una teología profundamente kenótica, prácticamente arrancada de esos basurales en los que encontraba a los pobres que la

llevaban a sentir a Dios encarnado y pobre, ya que conoció a Dios en medio del sufrimiento humano y desde allí lo vivió y explicó teológicamente, traduciendo la teología aprendida en la universidad e impartida en Nueva York en palabras sencillas recabadas de la experiencia cotidiana y desde la tragedia de los seres humanos crucificados de los pueblos de Centroamérica.

Su obra no es extensa pero sí inquietante. Su libro *Reflexiones sobre Dios*, encierra todo un *tratado teológico* elaborado desde la perspectiva feminista. La primera cuestión que se plantea es: “¡Hablar de Dios! ¡Quiero hacerlo, pero siempre fracaso!” dice. Se trata del fracaso de un *hablar de Dios* que no llega a la vida de nadie, porque ¿quién es Dios para un joven padre de familia en paro, o para un emigrante de tez negra y sin papeles, o para una mujer envilecida por la prostitución, o para un empresario inflado por el poder y el dinero, para un campesino sin tierra en cualquier país del llamado “tercer o quinto mundo”...? D. Sölle lo expresa de esta manera: “Sólo podemos hablar de Dios cuando hablamos a Dios”. No se trata de un lenguaje piadoso o escolástico; Dios tampoco es el papá que lo arregla todo, aunque algunos creyentes, observa, no han superado esa manera pueril de imaginarse a Dios. El Dios de Jesucristo es impotente, pequeño y débil, es “irrelevante para la inmensa mayoría de la gente”. Por eso, para ella, la teología feminista tiene co-

mo misión irrenunciable, más que hacer imágenes, derribar imágenes de Dios. Dirá: “necesitamos un lenguaje que diga más de lo que puede justificar empíricamente”. De otro modo lo convertimos en un ídolo. Tal vez por eso “la teología feminista es hoy día la expresión más clara de la lucha contra la ideología del patriarcado, por amor a la Deidad más grande”. Por ello, la imagen del *padre* hay que interpretarla a partir del reino de Dios y no al revés. Vivir en esa paternidad divina sólo se logrará cuando entendamos que “el poder de Dios es tan sólo un poder biófilo, cuando es un poder compartido”. Esto implica romper los ídolos, ser iconoclastas con las imágenes de Dios que se orientan a la “adoración del poder”.

Es justo, pues, que las mujeres luchen por romper la imagen esclerotizada de la Divinidad. “La masculinización de Dios, intensificada hasta el extremo en el cristianismo, tal y como se expresa en el lenguaje puramente androcéntrico, va siempre acompañada por la divinización del varón”. “El patriarcado, en su manera de hablar de Dios yerra en cuanto a la trascendencia de Dios”. Esta es la síntesis del estado de la cuestión de la teología feminista en pleno siglo XXI. Y concluye afirmando que en teología, “lo que nos hace falta no son imágenes de Dios, sino una experiencia memorable de Dios”. De Dios habrá que aprender a hablar no sólo como del “Padre” que todo lo puede, sino también como

de la “Madre” que todo lo sufre y todo lo sostiene, porque no tiene más poder que el de su inmensa compasión. “Dios no podría consolarnos si no estuviera unido a nuestro dolor”. Muchas teólogas interpeladas por lo divino, como D. Sölle, sienten que las mujeres vivimos todavía en una Babilonia teológica: expulsadas, enviadas al exilio y sufriendo esclavitud y marginación. No basta con una teología hermenéutica, y conceptualmente bien estructurada, dentro de un método perfectamente definido. Hace falta ¡vida! Y la vida está por las calles, en las casas, en las relaciones que creamos, en las guerras que se evitan y en la dignidad que se reclama para todo ser humano y para la creación entera.

Concluyendo

La teología trinitaria feminista, apenas en ciernes, entiende que en el corazón del Misterio divino no hay una *jerarquía*, sino una *koinonía*. Dios, Trinidad Relacional es una Comunidad de iguales en relación de reciprocidad absoluta. La fe enraizada en el Dios de Jesús, la Sabiduría de Dios expresada en términos de humanidad, es una fe abierta a la inclusión de otros, que no sólo asume la diferencia sino que la necesita para poder vivir en plenitud de coherencia. El particular sentido de la *relación de amistad*, dentro de la cual la teología clásica ya entendió

la Trinidad, es capaz, todavía, de crear lazos poderosos y completamente gratuitos de mutua entrega para posibilitar la relación original de las personas amigas. Pensar y decir a Dios desde la experiencia de las mujeres, reafirmando nuestra fe en la Trinidad divina, implica estar muy atentas y trabajar por hacer válido el principio hermenéutico absolutamente paradigmático de nuestra existencia toda: Dios es Trinidad. La Trinidad, como la Encarnación, son verdades que necesitan conocerse para ser creídas, pero sobre todo interpretadas teológicamente para ser llevadas a la vida. Lo que la teología sabe, piensa o intuye de la Divinidad, y todavía más de la *Trinidad* divina, es absolutamente inútil si no se articula con la vida del hombre y la mujer creyente; si no terminan por ser el paradigma de nuestras relaciones personales y la fuerza de nuestra lucha cotidiana por la transformación de las estructuras opresoras que envuelven estas relaciones.

Creemos que la *teología feminista* o el hablar sobre Dios desde la experiencia y la reflexión de las mujeres, será una novedad creativa dentro de la iglesia y para la iglesia, en tanto sepamos ser verdaderamente “cristianas” y “católicas” en nuestro *método* y en nuestras *formulaciones* del depósito de la fe. Es relativamente fácil pensar y decir a Dios, construir imágenes de Dios, también en femenino, lo difícil es romperlas, una vez creadas, para trascender toda imagen y quedarnos con la experiencia memorable de una *Presencia* que nos es tan cercana y familiar como inaccesible. A mi entender, la cuestión que tiene planteada la teología sistemática feminista no es *cómo* decir a Dios, sino si Dios, cualquiera sea el nombre que le demos, tiene algún *sentido* para las mujeres y los hombres de hoy. Si lo tiene, sabremos *decirlo*, sabremos dar testimonio de nuestra fe y de nuestra esperanza, también en femenino.

Condensó: JOSÉ ANTONIO GARÍ